

JONATHAN H. TURNER Y JAN E. STETS (2005), *The Sociology of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press

Turner y Stets nos regalan con este libro una útil guía que recopila las principales perspectivas sociológicas sobre las emociones. La iniciativa es una aportación bienvenida en una temática emergente, cuyo reconocimiento viene marcado por la publicación de *Descartes' Error* por Damasio en 1994 y *The emotional brain* por LeDoux en 1996. Anteriormente, no obstante, ya se habían puesto en marcha iniciativas para su estudio desde la antropología y la historia, como la línea promovida por Peter N. Stearns en el *Journal of Social History*. Mientras que podríamos relacionar este trabajo con experiencias previas compilatorias, como la editada por Harré y Parrott en 1996.

The sociology of emotions revela años de aplicada reflexión sobre la materia. Baste recordar los anteriores trabajos de Jonathan H. Turner: *Face to face* y *On the origins of human emotions*, así como las investigaciones de Jan Stets sobre las dinámicas emocionales derivadas de los esfuerzos por sostener una identidad. Aquí, sin embargo, los autores dedican unas pocas páginas a su propio trabajo para centrar la atención en múltiples investigaciones llevadas a cabo por otros, y en la posibilidad de generar una teoría que articule las distintas perspectivas.

Los trabajos recogidos son clasificados de acuerdo al siguiente esquema: teorías culturales y dramaturgias, teorías de los rituales, interaccionismo simbólico (añadiendo también obras con elementos psicoanalíticos), teorías del intercambio social, estructuralistas, y teorías evolucionistas. En este recorrido, conducido con especial cuidado a la hora de distinguir los niveles macro y micro de análisis, hay sugerencias muy significativas,

como la necesidad de incorporar los lenguajes no verbales, y las emociones inconscientes. Son propuestas que plantean importantes dificultades metodológicas, pero que no por ello dejan de ser intuitivamente importantes y dignas de consideración.

Turner y Stets defienden que los enfoques exclusivamente construccionistas, cognitivistas o biologicistas no pueden dar cuenta de las emociones, ya que en las mismas participan simultáneamente procesos biológicos, cognitivos, y culturales. No obstante, de la larga lista de trabajos revisados, sólo la propuesta teórica de Morris Rosenberg sobre la reflexividad relaciona explícitamente esos tres procesos. Los autores afirman que la vida social y la biología interactúan. Se matiza, eso sí, que no se trata sólo de que los sociólogos se dediquen ahora a estudiar las dinámicas neuronales y a conocer el funcionamiento de las distintas regiones del cerebro, sino también de que biólogos y neurólogos lean a los sociólogos para comprender los contextos sociales que activan dichas dinámicas neuronales, de las que se derivan las emociones.

Lo social, sin embargo, no equivale a lo cultural para los autores. Y esto es probablemente uno de los grandes problemas del libro, compartido en todo caso por la mayor parte de las llamadas perspectivas sociológicas. Un énfasis en lo cultural es sinónimo para Turner y Stets del temido *construccionismo social*; y las maneras que tienen de separarse de ello acaban marcando en realidad un abandono de lo social. Este abandono se aprecia al menos en dos tesis importantes defendidas en el libro:

La primera de ellas, que hay un número limitado de emociones presentes

universalmente en todos los seres humanos: felicidad, temor, ira y tristeza, siguiendo a Kemper; pero también la sorpresa, o el asco, siguiendo a Ekman, y el desprecio, la timidez o la culpa siguiendo a Izard. Dependiendo de a qué autor uno siga, puede tener su propia lista de emociones «primarias» consideradas básicas y universales. Los autores demuestran haber leído una ingente cantidad de trabajos y aportan una ilustrativa tabla con las clasificaciones de cada uno de ellos (desde Darwin a Ekman o Izard, pasando por el propio Turner). De la combinación de dos o más de estas emociones primarias se generaría, como por misteriosa alquimia, otras emociones secundarias de mayor complejidad: la decepción, la nostalgia, la envidia, el agradecimiento, la esperanza o la veneración, entre otras. La descripción que los autores hacen de estas emociones secundarias, inspirándose en las combinaciones de Plutchik, puede como mínimo ser discutida: el orgullo se define como «la felicidad de superar el miedo»; la esperanza como la combinación de «felicidad y temor»; o el remordimiento como la combinación de «tristeza y temor». Asumen que las emociones primarias tienen una estructura propia, incorporada en nuestro cerebro, imaginándolas así como unas propiedades esenciales con las que nuestro organismo evolucionado, fruto de procesos selectivos, nos ha dotado. Con menor firmeza sugieren también que, como resultado de esa misma evolución, el cerebro humano haya adquirido una estructura que da lugar a emociones fundamentales para el orden social, como la culpa o la vergüenza. Esta tesis parece ser el resultado de la querencia de Turner por las teorías evolucionistas, y su fascinación con la biología de las emociones. Es así como se insiste a lo largo del libro en la importancia de incluir «los sistemas emocionales del cerebro» en nuestros análisis. Los autores no se resisten pues a esta moda que nos impone – en palabras

de Fernando Vidal y Francisco Ortega – la imagen del «sujeto neuronal». Pretender que nuestras emociones adquieren sentido por la dinámica de las neuronas es como intentar comprender las distintas maneras de vivir la sexualidad a partir de los flujos hormonales.

La pregunta inevitable es: ¿podemos afirmar con seguridad que la «culpa», por ejemplo, esté presente en todas las sociedades? ¿Se manifiesta de la misma manera? ¿Está asociada a las mismas dinámicas relacionales? Quizás necesitemos volver a leer aquí los escritos que antropólogas como Rosaldo o Lutz nos dejaron hace ya más de dos décadas. Pues sus trabajos de campo, en contextos por entonces bastante lejanos a la cultura occidental, no parecían confirmar tal universalidad de cada una de las emociones nombradas por los autores. No sólo es que otras sociedades tengan emociones que no podemos traducir literalmente, o que algunos de los estados emocionales de los occidentales apenas estén presentes en otros, sino que la propia manera de concebir los fenómenos emocionales varía también: la imagen individualizada, como de «sentimiento interior», propia de la cultura occidental, es muy distinta de la imagen relacional y situacional que los ifaluk tienen de las emociones, por ejemplo. En realidad, si repasamos incluso a los clásicos de la sociología, podemos afirmar que ni Durkheim asumió que los sentimientos de solidaridad sean iguales en todas las sociedades, ni en los escritos de sociología de las religiones de Weber se desprende un sujeto universal movido por la misma combinatoria emocional.

La segunda tesis que implica un cierto abandono de lo social es el énfasis puesto, a lo largo de la mayor parte de los trabajos presentados, en una imagen del individuo como sujeto que busca maximizar las emociones positivas y minimizar las emociones negativas. Es difícil

cil no ver aquí una traslación de los presupuestos del utilitarismo. Los autores admiten que la noción de «emociones positivas» y «emociones negativas» es dudosa por cuanto tal evaluación puede ser variable. Efectivamente, cabe preguntarse si el orgullo ha sido considerado siempre una emoción positiva, y la ira una emoción negativa. Además, las teorías presentadas analizan la «positividad» o negatividad de las emociones desde varios ángulos de observación:

Unas veces, en función de su impacto en el orden social, por lo que claramente son evaluadas como positivas o negativas por el sociólogo que las observa y por nadie más. Es así como la culpa, que causa dolor a quien la experimenta, es considerada –siguiendo a Susan Shott– positiva para el orden social.

Otras veces, las emociones son evaluadas desde el punto de vista del sujeto que las experimenta, el cual trataría de maximizar aquellas emociones que le generan bienestar y minimizar aquellas que le generan mayor dolor. Esta imagen de una dinámica del sujeto tendente al equilibrio tendría que responder a cuestiones que no son objeto de ninguna de las teorías presentadas en el libro: cómo dar cuenta de aquellas «estrategias» en las que el sujeto lleva a cabo comportamientos, o reinterpreta situaciones, precisamente de una forma que resulta negativa (dolorosa) para él mismo. Es el caso de quienes se ven impelidos a interpretar sus acciones siempre con carga de culpabilidad; o de aquellos otros que buscan de alguna manera ser dañados por otros.

Turner propone una teoría que aúne (entre otras) las reflexiones sobre la identidad del interaccionismo simbólico, la teoría del intercambio social, y la tesis de Randall Collins sobre la necesidad de inclusión en el grupo como principal motivación para la acción. Pero los presupuestos utilitaristas de la segunda son incompatibles con las otras dos. Por otra

parte, conviene insistir en algo que los propios autores saben bien: la manera como se evalúe nuestra acción –y las muestras emocionales positivas o negativas que recibamos de los otros– dependerán siempre de reglas sociales. Lo que en algunos lugares es aplaudido, en otros es reprobado. Por lo que una teoría social desnuda y excesivamente abstracta no nos va a ahorrar la necesidad de bajar al terreno, para observar e interpretar las reglas concretas (los *estándares emocionales*) y las dinámicas relacionales que se dan en cada contexto.

Las tensiones presentes en la recopilación de Turner y Stets no oscurecen sus significativas aportaciones: recordarnos que hay algo más complejo que un puro cálculo detrás de las acciones de los sujetos, y que las emociones no sólo permiten hacer elecciones más rápidas (la tesis principal de Damasio), sino que son fuerzas motivadoras (o desmotivadoras) fundamentales. Estas mismas aportaciones indican un largo camino que nos queda por recorrer. Para empezar, ponernos de acuerdo en cómo conceptualizamos y qué entendemos por emociones, ya que hay como mínimo tres dimensiones en estos fenómenos: reglas expresivas, experiencias («pensamientos corporizados», como las definió Rosaldo) y motivaciones. Para ello se hace quizá más necesario el esfuerzo unido de antropólogos, historiadores, filósofos y sociólogos, que el tándem entre neurólogos y sociólogos propuesto por los autores. Pues que las emociones involucran al cuerpo es algo evidente; pero que ello signifique que en las neuronas resida la clave explicativa de las distintas dinámicas emocionales resulta menos claro. Bien podríamos empezar por otras vías, como ahondar en una sociología de los sentidos que ya en su día sugirió Simmel.

Uno de los mayores potenciales de *Sociology of emotions* es su capacidad para despertar preguntas. En la que escribe esta

reseña han sido varias: ¿podríamos detectar la desigual distribución del dolor en una sociedad?; ¿hay sociedades que generan sujetos más angustiados que otras?; ¿nos revelan los *hikikomori* una pérdida de espacios desde los que crear efervescencias colectivas?, ¿o la dificultad para salir de la norma establecida al tiempo que no se es reconocido en la misma?

Probablemente ninguna de estas preguntas será respondida por las dinámicas

neuronales; o al menos no sólo por ellas. Quizá tengamos que celebrar nuestra imposibilidad de escanear los cerebros de Anna Karenina o de Anna Fierling. Después de todo, ello no nos impide estudiar los contextos que generan sus motivaciones y experiencias.

María Gómez Garrido